

Domingo 19 de Agosto de 1923

LA HONRADEZ RADICAL

Es costumbre entre los radicales hablar de la honradez a los postres, o sea, cuando han concluido de llenar los estómagos.

Esa hora reposada, beatífica y un poco sentimental, que sigue a los abusos de la gula, se presta, admirablemente, a las confidencias íntimas.

Los oradores aprovechan esos instantes para decir a los correligionarios que asisten al banquete:

"En más de una ocasión habrán oído ustedes decir que me robé una cartera en la línea Carmen-Lira; pues bien, en resguardo de mi nombre y del prestigio de nuestro partido, aprovecho esta ocasión para esclarecer ante ustedes el hallazgo, absolutamente honorable y casual, no sólo de la billetera en referencia, sino también de un reloj y una ganzúa que llevo siempre conmigo y que, no obstante ser recuerdos de familia, se han prestado a insidiosos comentarios!

Con este prólogo, el prohombre radical empieza, generalmente, la demostración de su honorabilidad respecto a la adquisición de sus bienes muebles e inmuebles.

Hay casos afortunados - verdaderas excepciones - en que el festejado no necesita dar un carácter tan personal a su peroración, y puede entonces explayarse hablando de la honradez de su partido.

Como se ve, cambia el giro de la cuestión, pero no el tema. En los banquetes radicales, la honradez constituye siempre una obsesión.

Tomemos en efecto, al azar, cualquiera manifestación gastro-política; v.gr. la última ofrecida a don Héctor Arancibia Lazo.

También el señor Arancibia, como el señor Celis y todos los correligionarios que le han precedido en el uso de la palabra y del champagne, habló sobre la honradez.

Para demostrar hasta qué punto esa virtud existía en su partido, el señor Arancibia citó un caso concreto.

Dejémosle a él la palabra:

"De esto hace muchos años - dijo - , no recuerdo cuántos.- Se trata de una candidatura que no era la mía y actuaba yo como miembro de la comisión electoral".

"En la mañana del día de la elección, llegé al Club Radical un muchacho pálido, de poca edad, de 14 a 15 años, y me dijo: "Yo quiero ocupar un puesto de labor en alguna de las mesas". No le conocía, le miré y pensé que de bien poca cosa podría servir ese muchacho tan joven. Ante su insistencia, le manifesté que lo mandaría a una comuna rural, y lo destiné a Renca. El, sumisamente, aceptó".

"Le pregunté: "¿Tiene usted medios como llegar a Renca?"

"Oigan mis correligionarios su respuesta: "No, señor; pero me voy a pié". Me pareció muy honrosa, mejor dicho, muy radical la actitud de este joven, y tomando unos 20 pesos de la caja electoral, se los entregué para que ocupara una carretela o un coche".

"A las ocho o nueve de la noche de ese mismo día, en el Club Radical me hizo llamar este joven. Traía el escrutinio, le dí las gracias a nombre del partido, creyendo que con eso había terminado su misión".

"El joven no se sentía satisfecho, creía de su deber darme cuenta de los fondos que le había entregado. Se han gastado, me dijo, ochenta centavos en una carretela, almuerzo no pagué porque me invitaron, y de regreso, me ha traído el señor Salas Herrera. Aquí está el vuelto, me agregó, mostrándome un pequeño rollo de billetes".

"Yo lo miré, le dí las gracias en nombre del partido y le expresé: "No me devuelva esa suma; vaya mañana con alguno de sus compañeros estudiantes a hacer once con ella!"



Evidentemente, el caso de este joven que, a pesar de sus ideas radicales, da cuenta del dinero que le ha sido confiado, y aún devuelve una parte, merecía ser citado como ejemplo en una colectividad política cuyos miembros más ilustres, sobre todo cuando están en el gobierno, no acostumbran rendir cuenta, ni menos devolver saldos sobrantes de los fondos que les han sido encomendados.

Lo único sensible es que este rasgo de honradez heroica, tan extraño en su partido que ha merecido los honores de figurar en un discurso, haya sido desvirtuado en parte, con la actuación del propio festejado, frente al joven héroe.

El señor Arancibia, que, según se desprende de sus propias palabras, manejaba los fondos del Partido Radical, en una elección que no era la suya, le dijo que se guardara ese dinero y lo invirtiera en un gasto de carácter tan poco electoral, como el de hacer once con algunos amigos.

Dentro del mismo ejemplo, ambos han procedido, pues, en una forma diametralmente opuesta: el joven comisionado devolvía el dinero del candidato, por considerar que no le pertenecía; y el señor Arancibia, en cambio, lo regalaba.

Ante esa diversidad de proceder, cabe preguntarse cuál de los dos procedimientos es que ha querido encomiar el señor Arancibia, cuál de ellos simboliza la honradez radical.

Para nosotros los del viejo régimen, quien procedió mejor fué el joven que devolvió el dinero ajeno; pero, acaso, para los del nuevo régimen, quien obró bien fué el que obsequió el dinero ajeno.

En todo caso no nos pronunciamos.

!Es un tema tan complejo éste de la honradez del Partido Radical!

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile